

JULES

Raúl Aguiar

Noviembre de 1871. París, estación de Montparnasse. Tenía un billete de primera para el camino de hierro, algo totalmente inusual para mí, así que busqué mi vagón, diferente del resto por sus asientos mullidos y tapizados. Despedidas, lágrimas y besuqueos de rigor. Miré nuevamente la figurita plantada sobre el andén, en medio del frío y la bruma, con su mano levantada en señal de adiós y presentí que aquella imagen no regresaría jamás.

Era la última vez que veía a Marguerite y quise que fuera solo un sueño, una pesadilla que no tardaría en ocultarse detrás de los vagones de mercancías, cubiertos con grandes fundas de tela embreada, ocultando quién sabe qué maquinarias o peor aún, cañones, seguramente. Maldito siglo de guerras y distanciamientos inútiles que no parecían terminar jamás.

El tren corría y silbaba por las angosturas de la ciudad. Luego pasó a un lado el infausto Versalles. Acongojada, me dediqué a observar el diapasón de viajeros sentados a mi alrededor y el gran bulto de baúles y equipajes, tantos que cada uno habría necesitado un par de albaceas haciendo el recuento para evitar confusiones. Observé mi bolso, mísero en comparación. Había dejado la mayoría de mis pertenencias en aquel dormitorio tan oscuro como resguardado.

Ciertamente, mucho me había afectado la partida. Y sin embargo, extrañaba mi tierra, a la que no había vuelto en años desde la muerte de papá. Extrañaba sobre todo la fuente de los delfines en medio de la plaza, la voz de mi madre, muda desde la tragedia, urgiendo al desayuno detrás de las mamparas interiores, las ventanas de cristales coloridos, la paz de los atardeceres de verano en las afueras de Barcelona y el mar, sobre todo el mar. Debería asomarme al Mediterráneo antes de llegar a mi pueblo. La belleza del paisaje y el oleaje calmo darían una nota de estabilidad a mi espíritu, estoy segura de ello.

Un puente. El hombre que me miraba tenía cara de comerciante irritado. No cesaba de llevarse un pañuelo a la nariz. Seguramente, pensé, se trataba de algún burgués que decidió irse lo más lejos posible de París en ruinas y sus obreros siempre sucios y faltos de salud, contagiosos. Me dediqué a observar los cambios en el paisaje, se alternaban los bosquecillos con los sembrados, algunas vacas famélicas, todavía se veían por doquier los estragos de la desastrosa guerra contra Prusia. Por allá un granero incendiado, se respiraba la pobreza en los campos.

Tantos seres viajando en tren o navegando en medio de aquel mundo lleno de objetos, máquinas e ideas nuevas, me hicieron desear de vuelta otra vida en París, parecida a la del principio, y compartir su vida literaria, sus cafés, la posibilidad imaginada por Louise Michel de un Colegio para mujeres donde se dieran los mismos cursos que a los hombres, más allá de la necesidad de sentirme rondada por las monjas tenaces instando a cada momento la memorización exacta de "el único libro verdadero", y yo sin atreverme a desafiarlas, al menos debía agradecerles que me ocultaran aquellos meses desde el mayo fatídico en que los versalleses entraron a la ciudad y no les importó fusilar mujeres y niños. Luego pensé en qué horror de destino para las de mi sexo, obligadas a servir como un adorno más junto a butacas y veladores, en el mejor de los casos con olor a barniz fresco, cazando al mejor partido según se pudiera llegar a la dote requerida. Pero Louise Michel sostenía que había otros medios para que una mujer pudiera alcanzar sus deseos, su felicidad, y era aboliendo las distancias y desigualdad entre los sexos, y el papel fundamental recaía sobre las jóvenes, de nosotras dependía la decisión ahora que todavía no estábamos atadas por una sarta de hijos.

El ulular de la máquina humeante interrumpió mis pensamientos. Lo que nadie sabía es que mis ropas servían de escondite a libros ocultos en distintos escondrijos dentro de la tela, con destino a ciertos cubiles obreros de Nantes.

En todo el trayecto de París a Le Mans no había cesado de llover: Arrimada a la ventanilla miraba la lluvia, esa cortina de líneas oblicuas que descendían y por momentos parecían horizontales. Hacía frío. La gente manifestaba enfáticamente su disgusto y se cubría con lo que encontraba sin dejar de temblar. Cuando el tren se detuvo me puse a escuchar el goteo del agua helada que caía del techo de los coches sobre los estribos.

De pronto lo vi y su semblante me resultó familiar, aquellos surcos prematuros marcados en la frente, la barba recortada, sí, había visto su rostro antes y no precisamente relacionado con lo militar, sino más bien con el teatro, o la literatura. En ese momento él levantó los ojos y lo reconocí en el acto, ¿cuál era su nombre? ¡Se trataba del señor Verne!, sí, era Jules Verne, el escritor mundialmente famoso, precisamente en París había causado furor el año pasado con su "Veinte mil leguas de viaje submarino", y yo había logrado leer medio tomo en la pequeña biblioteca de Nadar.

Cuanto deseaba ahora hablar con él de sus viajes, que me iniciara en algunas de sus ideas maravillosas... sin embargo, a Jules se le notaba triste, y peor aún, yo estaba disfrazada de mujer decente. ¿Y quién había visto a una mujer decente acercarse de pronto a un hombre para conversar con él de literatura?

De pronto nuestras miradas se cruzaron y él se quedó observándome, como sorprendido, probablemente por el color de mis ojos. A veces he deseado tener ojos comunes, negros, como los de mis padres, me habría evitado gran parte de mis desventuras en el pasado pero esta vez me sirvieron como carta de triunfo. El se adelantó cortés, después de dudar durante unos segundos. “Señorita,” me dijo, “disculpe mi atrevimiento. Le aseguro que mi curiosidad es solo científica. ¿Ese es el color natural de sus ojos?”; “Sí.” Aparenté ruborizarme ante su pregunta. Realmente mis mejillas se encendieron un poco, al sentirme interpelada por ese gran hombre.

“Me habían contado que tal posibilidad existía, ojos violáceos, pero nunca los había visto. ¿Nació con ellos o se deben a alguna enfermedad? Perdóneme, estoy siendo harto indiscreto.”;

“Nací con ellos.”

“Que interesante. Perdón, no me he presentado. Mi nombre es Jules Verne. Soy escritor.”

“Lo sé. Es usted bastante conocido. Yo soy Blanche Combes, propietaria de una casa de perfumes. Que encuentro tan inesperado. El señor Verne, el célebre autor de los viajes extraordinarios. He leído parte de su obra.”

Creo que el dato lo sorprendió más que el color de mis ojos. Se adelantó para preguntar alguna cosa, posiblemente el título de lo que yo había leído pero en ese momento el otro señor regresó al compartimiento y él se arrellanó otra vez en su butaca y aparentó mirar por la ventanilla.

El tren silbó, disminuyendo la marcha. Pasamos ante los edificios incendiados de una estación; después se detuvo. Mujeres y niños, portando cestos cargados de bocadillos y bebidas, ofrecían en los andenes sus mercancías a los pasajeros. Al ver que no me levantaba, Jules aprovechó para proseguir con nuestro diálogo.

“Me siento gratamente sorprendido de que al menos un libro mío sea del gusto de una mujer. Pensé que solo leían la Biblia o revistas de moda. ¿De qué libro se trata?”; “Realmente no era un libro”, le expliqué. “Veinte mil leguas de viaje submarino. Algunos capítulos por entrega, en la Revista de la Educación y la Recreación. Ni siquiera pude saber cómo terminaba.”; “¿Pero si es muy reciente!”; “Siempre me ha gustado leer. Y en la guerra, uno de los heridos tenía esa revista en su poder y me pidió que le leyera algunos pasajes para aliviarle el dolor.”; “¿A qué guerra te refieres? ¿A la guerra con Prusia?”; “No. A la Comuna. En París.”

Ante mi respuesta él quedó totalmente confundido. De inmediato me percaté de que había cometido un error gravísimo. No debía haber dicho la *Comuna*. Según mi leyenda yo era una dama de la alta burguesía, que iba a reunirme con mi esposo en Saint Nazaire. Y los burgueses, siempre del bando de Thiers y de Versalles, nunca hubieran mencionado esa palabra. Por su mirada comprendí que me había descubierto. Sin embargo, no dijo nada y aparentó que no se había enterado. Yo cambié rápidamente de conversación: “También leí su novela “Viaje a la Luna” No entendí muchas cosas, pero Nadar me explicó un poco lo fundamental y me gustó la idea.”

El demoró en contestar y yo temí que estuviera pensando en delatarme. Luego se reclinó nuevamente en su asiento. “¿Conoces a Félix? ¿A Nadar?”; “¿Quién no lo conoce? El fue quien me prestó las revistas. La portada tenía una especie de tren disparado al cosmos. ¿Cree que sea posible?”; “¿Por qué no?”, respondió, pero se notaba triste. Triste y cansado. ¿Así sería su carácter?; “¿Se siente usted bien?”; “Realmente no. Ha muerto mi padre. Voy a su entierro. No pensaba volver a Nantes en un buen tiempo y ya usted ve. Hace poco también perdí a otro pariente, mi primo Henry, que me ayudaba en los cálculos y los inventos de mis novelas. Este año ha sido terrible, para mí y para todos. Una locura. Y no parece terminar nunca.”

Cuando dijo esto me contagié con su tristeza. Yo también había perdido a muchos seres queridos, personas que había amado y que me amaban. De pronto una guerra absurda les había segado la vida. Podía dar testimonio de las atrocidades de los últimos días de la Comuna. Sin embargo sentí que no podía hablar de ello con el señor Verne.

“Sé lo que siente.”, le dije, “Yo también perdí a mi padre. En el 53. Murió de fiebre amarilla, en Barcelona. Después de eso mi vida nunca volvió a ser la de antes. Excúseme. Yo sacándole conversación y usted con esa pena tan grande.”; “Sí.” El respiró profundo, se removió inquieto y luego sonrió débilmente. “No se preocupe, señorita. Al menos su charla me distrae un poco, me impide pensar en cosas tristes.”

Por unos minutos nos mantuvimos callados, atentos a los sonidos del tren en movimiento, el retumbar de las ruedas de hierro sobre las traviesas, pero yo no podía desaprovechar la oportunidad de un encuentro así y por eso volví a preguntar. “¿Cuánto tiempo demora el trayecto hasta Nantes?”; “Unas quince horas, contando las paradas.”; ¿Y nunca ha escrito sobre los trenes del futuro? Serán mucho más veloces, ¿no es verdad?”; “En mi opinión creo que ni siquiera serán trenes.”; “Explíqueme, por favor.”

“Imagine unos grandes tubos neumáticos, cilindros de hierro a través de los cuales seríamos impulsados a toda velocidad por la energía del viento. Como cerbatanas enormes, solo que nosotros seríamos el dardo.”; “Por favor, continúe. Todo es muy interesante.”

Durante la media hora siguiente Jules me describió cómo veía el futuro. Viajes por debajo del mar en barcos sumergibles, el cielo surcado por globos, ciudades flotantes, la tierra explorada hasta sus más recónditos territorios, una especie de exégesis cósmica del porvenir, y yo disfrutaba sus palabras en el constante movimiento de la imaginación, luego me explicó como en el siglo 20 todos los males sociales habrían desaparecido gracias a las máquinas y los ingenieros. Tal como lo decía era realmente magnífico pero yo había visto como el desarrollo de la ciencia aplicada a la guerra multiplicaba las desgracias de los hombres en lugar de aliviarlas y desconfiaba que la ceguera de siglos desapareciera por obra y gracia de la santísima ingeniería. Ya iba a decirle lo que pensaba cuando el tren comenzó a disminuir su velocidad, estábamos entrando a Le Mans, aquí la locomotora debía abastecerse de agua por lo que la parada sería un poquito más larga y Jules me invitó a almorzar en el restaurante de la estación. Tendríamos que apurarnos porque era sabido que el tren no esperaba por nadie y más de un viajero podía quedar varado degustando algún plato especial.

“Lástima que no pusiera ninguna mujer en su aventura.”, le dije entre bocado y bocado, “Yo hubiera aceptado encantada, ir a la luna en una bala de cañón, o viajar en el Nautilus. ¿Por qué nunca hay mujeres en sus libros?”; “Hay mujeres en mis libros.”; “Sí, pero son puras estatuas. Reservadas, caseras, incapaces de ningún acto heroico.”

El tomó un poco de vino y me miró a los ojos.

“Le voy a confesar algo. Las mujeres siempre han sido un misterio para mí. Por desgracia no tengo la capacidad de Flaubert, ni siquiera la de Dumas hijo para describir lo que pasa por la mente de una mujer. Tal vez por eso las evito en mis historias, siempre que puedo.”; “Alguien dijo una vez que odiaba a las mujeres.”; “No es cierto. He amado profundamente, y he recibido muchas decepciones por ello. Pero no puedo escribir novelas románticas. Mi objetivo es otro.”; “¡Pero si yo no hablo de novelas románticas! He conocido mujeres con mayor entereza de ánimo que muchos hombres. Mujeres que dieron todo, hasta la vida, por sus sueños de un mundo mejor, y que se mantuvieron firmes allí donde algunos corrieron a esconderse o cambiarse de bando.”; “Usted habla de la Comuna.”; “Sí.”; “Por favor, no se vuelva. Aquel hombre hace rato la mira. Detrás, a su derecha.”

Entonces lo vi. Era Pierre. Maldito. Fingió que leía un diario y supe al instante que me había reconocido. O eso, o me estaba siguiendo desde París. De él solo podía esperar lo peor. Jules se dio cuenta de que estaba aterrorizada.

“¿Quién es?”, preguntó en voz baja, “¿Le conoce?”; “Por desgracia, sí.”; “¿Un policía?”; “Peor. Un amante despechado, enfermo, que quiere verme muerta y es capaz de cualquier cosa.”

Un pitido. El tren iba a continuar viaje. Todos los pasajeros se apresuraron a regresar a sus vagones. Pierre, desde lejos, me dedicó una sonrisa amenazadora. De pronto no supe qué hacer. “No se preocupe”, dijo el señor Verne, “No dejaré que le haga daño.” Me tomó del brazo y me urgió a que regresara con él. A duras penas accedí a acompañarle. “Señor Jules, usted no le conoce. Pierre puede ser muy peligroso.”; “Yo la protegeré.”

No tuve que esperar mucho. No habían pasado ni cinco minutos cuando Pierre entró a nuestro vagón, acompañado de dos policías. “Buenas tardes, señorita. Señor. ¿Nos permiten ver sus papeles, por favor?”, ordenó uno de ellos. “¿Qué sucede?”, preguntó Jules, levantándose de su asiento.

“Por favor, señor, manténgase atrás.”

Mientras yo hurgaba en mi bolso de mano, Pierre comenzó a vociferar.

“¡No le crean! ¡Esos papeles son falsos!”

Le tendí mis papeles al policía y él les echó un vistazo. Pierre no paraba de gritar. “La conozco bien. ¡Ella se llama Teresa Campos, y es una de las petroleras de París!”; “Eso lo veremos después. ¿Sus papeles, señor?”

Luego, al conocer la identidad de Jules, el policía palideció un poco: “¿Usted es... el señor Jules Verne, el escritor?”; “El mismo.”; “¿Y la señorita?”; “Viene conmigo. Es... una pariente cercana.”

Entonces Jules hizo algo que no hubiera esperado. Le hizo un guiño al policía y le pidió conversar con él aparte. Le susurró algo con voz muy baja y el otro sonrió. “Bien”, dijo el policía volviéndose, “Es un malentendido. Reciba nuestras disculpas, señorita Blanche”; “¿Pero no van a hacer nada?”, Pierre estaba fuera de sí, “¡Les digo que es una incendiaria!”

“¡Silencio!” ordenó el uniformado y luego le dijo a su compañero. “Vamos.”

“¡Me voy a quejar con sus..!”; “¡A callar he dicho! ¿O quiere que lo lancemos del tren?”

Pierre era cobarde. Con las mujeres era un abusador, y mi cuerpo todavía guardaba las cicatrices de sus vicios, pero ante cualquier hombre se achicaba de una manera patética. Me daba asco. Todavía alcancé a escuchar algo como “Putá, ¡Me las vas a pagar!” pero se calló inmediatamente cuando uno de los policías lo amagó con darle un golpe de cachiporra. Luego los tres desaparecieron en dirección a los vagones de segunda. Suspiré con alivio, aunque todavía temblaba un poco del susto.

“¿Qué le dijo?”, pregunté después de unos minutos, cuando me hube calmado un poco. “No lo tome a mal, pero dadas las circunstancias...”; “No, le pregunto solo por curiosidad, en realidad le estoy sumamente agradecida.”; “Le sugerí que...”; “¿Sí?”; “... Que usted era mi amante secreta, en Amiens, desde hacía meses, y que durante los sucesos de París usted estaba viviendo en esa ciudad, que podía dar fe de ello y que confiaba en su discreción.”; “¿Y por qué lo hizo?”; “Lo siento, no deseaba ofenderla. Fue lo que se me ocurrió.”; “No, no, señor Verne. Me refiero a ¿por qué me ayudó? Yo sé que usted no comparte nuestras ideas.”; “Tampoco comparto las ideas de Nadar, y sin embargo me considero su amigo. Algo me dice que usted no era de las petroleras, y que nunca en su vida ha disparado un arma.”; “Tiene razón. Solo atendía los heridos y llevaba agua y comida a las barricadas. Detesto las armas.”; “Yo también. Ahora cuénteme de usted, por favor. Cuéntemelo todo.”

En el resto del trayecto hasta la ciudad de Angers le conté a grandes rasgos sobre mi vida. Que realmente no me llamaba Blanche, sino Teresa, que ni siquiera era española, sino nacida en Cuba, hija de catalanes, y como a la muerte de mi padre había marchado a París a probar fortuna, y como la miseria y las desventuras me habían hecho caer bajo el poder de Pierre Lemoine, quien me había esclavizado y hecho presa de torturas inimaginables, hasta que la Comuna lo espantó de París y eso trajo mi liberación. Le hablé sobre aquellos meses de incertidumbre y excesos, sobre nuestros sueños de un país de trabajadores, de Louise Michel y las otras mujeres clamando por la igualdad de oportunidades para todos, luego la entrada de los versalleses, y por último la derrota, la muerte por fusilamiento y deportación de miles de comuneros.

Tratando de evitar oídos indiscretos, nuestros cuerpos se habían acercado lo suficiente para que nadie más pudiera escucharnos. Al describirle las muertes de tantos amigos no pude evitar que mi rostro se llenara de lágrimas. Jules me tomó de las manos y las apretó levemente para darme ánimos. “¿Y cómo lograste escapar?”, preguntó y al mirarle a los ojos descubrí que estaba fuertemente conmovido por mis palabras. Me enjuagué el rostro con un pañuelo, me tranquilicé un poco y proseguí: “Con los papeles y el disfraz de monja que

estaban destinados a Louise. Ella al final se entregó, para que liberaran a su madre, y me pidió que escapara yo en su lugar. Estuve oculta cuatro meses en una iglesia. Luego me alojaron manos amigas. Ellos fueron los que me pusieron en este tren. A Nantes. Allí tomaré un coche para Saint Nazaire, donde me espera un barco que me llevará un poco más al sur.”; “¿La espera alguien en Nantes?”; “Sí.”; “¿Y aquel hombre? ¿Pierre?”; “No lo sé. De algo si estoy segura. No descansará hasta vengarse de mí. Así vaya a los confines del mundo. Y tengo miedo.”; “Haremos una cosa. Cuando llegemos a Nantes, la llevaré a casa de unos amigos. Les pagaré por adelantado para que sean discretos, la protejan y que no le falte ni alojamiento, ni comida.”; “Nunca olvidaré lo que está haciendo por mí, pero no es necesario. Le digo, me esperan en Nantes. Tampoco quiero comprometerle más. Y usted tiene que asistir al funeral de su padre...”

Apenas dije estas palabras lamenté haber tocado el tema. El semblante le cambió de golpe y hasta noté como le temblaba la mejilla derecha. Estuvo un largo rato en silencio, mirando los árboles que pasaban al otro lado de la ventanilla. Luego comenzó a hablar en voz muy baja, como para sí mismo. “Ahora lamento no haber estado allí, no haber compartido sus últimos días...”

El tren se detuvo en Angers, pero él ni siquiera se dio por enterado y continuó su monólogo. Preferí quedarme junto a él, tratando de comprender sus palabras. Según entendí, las relaciones nunca habían sido muy buenas con su padre, pero en el fondo lo amaba, y todavía más cuando descubrió lo mucho que se parecían, y como había repetido los mismos errores con su propio hijo, “No soy un buen padre” confesó, “Pensé que ella lo educaría bien, a mi pequeño Michel, pero salió enfermo, que desgracia, por lo visto no soy capaz de ver más allá de mis libros” De pronto lo descubrí tal como era; un hombre obsesionado en plasmar en palabras todo su universo, pero incapaz de afrontar sus propios problemas, “Le quiero, pero no la amo, y ella no puede comprender que necesito escribir tanto como respirar, y luego me dice necesito esto, necesito aquello...”

Los pasajeros regresaban a los asientos y él abanicó el aire frente a su cara como para espantar las imágenes, luego me miró a los ojos y le noté profundamente infeliz. Tal como hizo conmigo, apreté una de sus manos para infundirle ánimos.

“Gracias. Necesitaba desahogarme. Ya me siento mejor”, dijo.

No soltamos nuestras manos en un largo trecho. En medio de nuestro silencio, que extrañamente no resultaba para nada incómodo, de pronto empecé a imaginar como sería

estar con un hombre como ese, y llegué a la conclusión de que habría podido amarlo a pesar de su edad, solo me llevaba 20 años, y a pesar de sus defectos, que debía tenerlos, como todos los de su sexo. Hubo un instante mágico, cuando intercambiamos una mirada intensa, donde tuve el impulso de besarlo pero logré contenerme, “¿Qué haces?” pensé, y me di cuenta de que todos nos miraban y retiré mis dedos.

“Lo que ha sucedido con su... perseguidor”, dijo él con una sonrisa enigmática, como comprendiendo mi gesto, “me ha dado una idea para escribir mi próxima novela. Un hombre se dedica a dar la vuelta al mundo, pero es perseguido durante todo el viaje por un policía, que injustamente cree que mi personaje ha asaltado un banco.”; “¿Y por qué un hombre y no una mujer?”; “No creo que una mujer tenga los recursos suficientes para pagarse un viaje así. Y en caso de que tuviera esa cantidad de dinero.... ¿los dilapidaría en un viaje tan alocado y lleno de obstáculos como ese o los invertiría de una forma, digamos, un poco más pragmática?”; “Podría ser una apuesta. Si la ganara entonces podría recuperar todos los gastos y hasta tener ganancias.”; “Sería una gran apuesta.”; “Sí.”

Llegábamos a Nantes. El tren comenzó a detenerse. De pronto me dieron deseos de dejar una huella, algo por lo que pudiera recordarme. “¿Y entonces, Jules? ¿Me lo promete? ¿Escribirá algún libro donde aparezca una mujer romántica, y que sin embargo ame tanto los viajes de exploración como usted? Podría ser... una viuda, y por lo tanto con cierta fortuna.”; “¿Y que regiones le gustaría explorar?; No sé, Australia, o el Tibet... o no, mejor aún, el Ártico, lo más cerca posible del polo, donde ningún hombre haya llegado antes.”; “Ni siquiera se sabe qué hay en polo”; “¿Me lo promete? Solo le pido que no describa mis ojos. Trate de no dar detalles sobre mi persona.”; “Me saldrá un poco varonil.”; “No importa.”; “Lo intentaré. Pero no le prometo nada. Así sabrá cuando lo lea que he pensado en usted. ¿Podré verla de nuevo alguna vez?”; “Mi destino es España. No sé si volveré a Francia algún día. Y mi vida...”

No tuve el valor de explicarle que a partir de ahora me convertiría en una sombra más, cambiando de identidad y de alojamiento para escapar de la policía. Tampoco hizo falta. Jules asintió gravemente y me ayudó a descender del vagón. Luego tomó una de mis manos y la besó con torpeza. “Adiós, Teresa. Que la suerte le acompañe.”; “A usted también, señor Jules.”

Lo esperaban. Hubiera deseado algo más, un beso en los labios, tan solo un abrazo, pero ya era demasiado tarde. Jules me miró por última vez, hizo un gesto de despedida y entró a su coche. Pronto lo vi partir y comprendí que el sueño había terminado.

“¿Señorita Blanche?” Tardé un poco en darme cuenta de que me llamaban. Era el hombre que debía recibirme. “¿Patrick?”; “El mismo. ¿Le siguen?”; “Sí. Aquel hombre”, le dije, enseñándole de reojo a Pierre que nos observaba desde lejos.”; “¿Es Policía?”; “No, solo un soplón.”; “Nos ocuparemos.” El tal Patrick le hizo una seña a otro hombre que se encontraba más lejos. Este asintió disimuladamente, se llevó la mano a uno de los bolsillos de su abrigo y echó a andar con paso calmo hacia Pierre.

“Vamos”, me urgió Patrick para que entrara en el coche. Quise mirar lo que iba a suceder pero él no me dejó y cerró las cortinillas. “Ahora irás a un lugar seguro. Mañana bien temprano te llevaremos hasta Saint Nazaire. Allí te darán unos documentos muy importantes, que deberás entregar luego en España.”

A un golpe de fusta, el coche se puso por fin en movimiento. No estoy segura, pero me pareció escuchar un grito ahogado cuando ya nos alejábamos de la estación.

DATOS DEL AUTOR

e-mail: raul@centro-onelio.cult.cu
raulaguiar2003@yahoo.es

Currículum Vitae

Raül Aguiar. Ciudad de La Habana, 1962. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Actualmente trabaja como profesor de técnicas narrativas en el Centro de Formación Literaria "Onelio Jorge Cardoso". Ha ganado numerosas menciones y premios literarios en Cuba, entre los que se encuentran:

- Premio David 1989 (cuento)
- Premio "Luis Rogelio Nogueras" 1993; Premio "Pinos Nuevos" 1994, entre otros.
- Premio Iberoamericano de Cuento Julio Cortazar 2003, con su obra Figuras.
- Beca de creación en la residencia para escritores y traductores de Saint Nazaire, Francia.

Ha sido jurado en numerosos e importantes premios y concursos literarios del país. Ha impartido cursos y charlas sobre técnicas narrativas y literatura en Cuba, República Dominicana, Colombia, Venezuela y Francia.

Ha publicado los libros:

La hora fantasma de cada cual, (Novela) Ediciones Unión, 1995;

Mata, (Novela corta) en la colección Pinos Nuevos de la Editorial Letras Cubanas, 1995; Editorial Unicornio, 2004; Ediciones MEET, Saint Nazaire, Francia, 2008.

Realidad Virtual y Cultura Ciberpunk, por la Editorial Abril, 1995;

Daleth, (Cuento) en Ediciones Extramuros, 1996

La estrella bocarriba, (novela). Letras Cubanas, 1999.

Figuras (cuento). Letras Cubanas, 2003

Escritos con guitarra. Cuentos cubanos de rock, (Antología. selección y prólogo en coautoría con Yoss) Ediciones Unión, 2005.

También ha publicado cuentos en numerosas antologías de Cuba y el extranjero como Los últimos serán los primeros, Recurso extremo, Contactos, Fábula de Ángeles, El ánfora del diablo, Anuario de la UNEAC 1994; El cuerpo inmortal (Cuentos eróticos cubanos); Toda esa gente solitaria (Cuentos cubanos sobre el Sida); revista Casa de las Américas, n. 215, 1999; antología Aire de Luz. Cuentos cubanos del siglo XX, de la Editorial Letras Cubanas, 1999, Polvo en el viento (Argentina). Crónicas del mañana (España), Los Premios (Rusia), Bersi la morte. 10 racconti cubani di fine millennio, por la editorial Baldini & Castoldi, Milano, Italia, así como otros en las revistas Muchacha, La Gaceta de Cuba, Letras Cubanas, Juventud Técnica, Revista Ñ (España), Exégesis (Puerto Rico), Camión de ruta (Perú); y otras.